

Políticos y artistas, dinero y legitimidad

David Flores



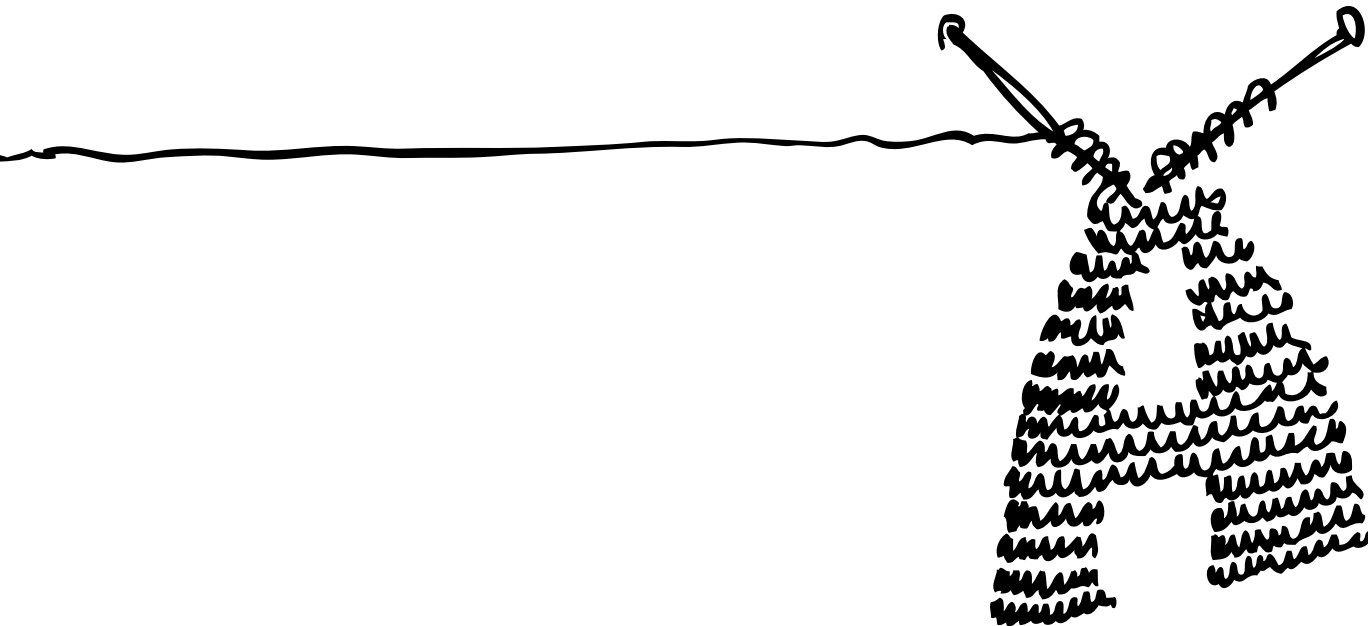
El político nunca ha desaprovechado la oportunidad de usar al artista como fuente de prestigio. Detrás del homenaje, del nombramiento, del subsidio público o encubierto, es frecuente que subyazca el interés del político de legitimarse a través de la imagen de los creadores, utilizándolos como una prótesis intelectual.

Las más de las veces, este interés nace del peso que pueden tener los artistas en la discusión pública. A pesar de vivir en una sociedad tan poco afectada a la lectura y a las artes, los artistas son una “minoría enorme” que ejerce un gran impacto en la *opinión publicada*, pues sus argumentos son repetidos y sopesados por los periodistas, los académicos y los analistas políticos, quienes actúan como caja de resonancia hasta que la palabra del artista alcanza a la opinión pública. Para ejemplificar esta situación, podemos recordar que Carlos Monsiváis narró que a él le resulta común el saludo de “lo conozco, usted es escritor, lo he visto en la tele”.

Este prestigio es un capital intelectual y político del que gozan sobre todo los escritores, aunque se dan casos como el gran liderazgo que ha exhibido el pintor Francisco Toledo en el conflicto de Oaxaca. ¿Imagina el lector lo que podría dar el gobernador Ulises Ruiz por tomarse una foto estrechando la mano de un Toledo sonriente?

Los intentos de cooptar a la comunidad artística pasan en su gran mayoría por el reparto de poder y recursos públicos –entre los que se encuentran subsidios, puestos burocráticos y diplomáticos, plazas académicas, becas, viajes, publicaciones y hasta el acceso a foros de expresión como galerías y teatros–.

Durante el auge del *priato* existió una serie de estructuras para organizar y controlar sectores clave de la población, escaleras clientelares que buscaban encauzar las inquietudes políticas de cada grupo de la sociedad. Por lo menos en teoría, el objetivo era que cada gremio y cada área de la so-



ciudad tuviera su propio presidente: el presidente campesino, el presidente obrero, el presidente ferrocarrilero, el presidente profesor... y el presidente artista. Todos ellos, por supuesto, sometidos a la autoridad del presidente presidente: el presidente político, la punta de la pirámide.

Este arreglo fue especialmente castrante para los creadores. ¿Cómo ejercer una genuina libertad de creación cuando la manutención, las publicaciones y hasta los foros para actuar o bailar —es decir, los espacios para *existir artísticamente*— dependen de la voluntad arbitraria de un político? ¿Cómo desplegar el pensamiento artístico dentro de una estructura burocrática cuando éste es, en esencia, una expresión de libertad?

Por supuesto que hay excepciones felices, artistas que hicieron de la burocracia un medio para subsistir materialmente mientras su obra les permitía subsistir espiritualmente. El autor de la mejor novela mexicana fue un burócrata del Instituto Nacional

Indigenista: Juan Rulfo. Es seguro que uno de los más grandes poetas mexicanos, Abigail Bohórquez, jamás ganó un sueldo con su literatura, pero pudo subsistir gracias a trabajos en instituciones públicas. Pensemos también en ejemplos de otros países, en un Jorge Luis Borges o en un Franz Kafka.

Sobresale el dignísimo ejemplo de Octavio Paz, quien renunció a la embajada mexicana en la India tras la represión del 2 de octubre de 1968, afirmando que no podía representar a un país cuyo gobierno asesinaba a su pueblo. Habría de escribir sus famosos y lapidarios versos sobre la burocracia: “*Los empleados/ municipales lavan la sangre/ en la Plaza de los Sacrificios*”. Él, huelga decirlo, no fue un empleado que lavara ninguna sangre y se negó a legitimar con su presencia al gobierno de Díaz Ordaz.

En contraste, hay expresiones de la simbiosis entre políticos y artistas que son evidentemente cínicas: viene a la mente un Gabriel García Márquez aceptando que Fidel Castro le regalara una casa y

pusiera a su disposición servidumbre, un chofer y un Mercedes Benz para esas visitas a La Habana en las que el escritor funge como asesor de cinco estrellas y ornamento escenográfico, bastante rentable para las ruedas de prensa.

Entre los abusos de poder en el ámbito cultural mexicano destacan los excesos de Margarita López Portillo, quien se convirtió en “la escritora” del país una vez que su hermano ganó la Presidencia y dejó de serlo exactamente seis años después.

Por otra parte, hay espacios de creación en los que el subsidio gubernamental es indispensable para el crecimiento artístico e intelectual de una sociedad. Por ejemplo, entre los creadores experimentales y vanguardistas, cuyo trabajo de avanzada es –y probablemente *debe ser*– incomprendido por el mercado y por lo tanto no genera ganancias económicas; su presencia es imprescindible, precisamente porque desafía nuestra comprensión y nuestro gusto y porque hace más anchos y largos los caminos por los que evoluciona el sentir estético de una sociedad.

Cuando se piensa en la creación de una obra artística nacional que avanza a lo largo del tiempo, estos vanguardistas mal remunerados son la punta de lanza. Si es cierto que el político piensa en la próxima elección y el hombre de Estado en la próxima generación, para el político invertir a muy largo plazo es un desperdicio de recursos, pero el hombre de Estado no debe perder de vista que estos artistas interpretan, construyen y reconstruyen elementos de identidad que unen y nutren a una sociedad, lo cual es especialmente importante en una nación tan grande y pluricultural como la nuestra.

Es importante señalar que, aún ahora, algunos políticos deciden ignorar a los creadores y debaten la conveniencia de subsidiarlos. Este debate sobre la subvención del Estado a los artistas debe ser superado, pues es esencialmente falso. No es cuestionable que el arte existe y ha existido siempre, es, está, se manifiesta, constituye una de las partes intrínsecas a toda comunidad humana. Los artistas en sí mismos constituyen uno de varios grupos sociales y, por lo tanto, tienen derecho a acceder a los recursos públicos en condiciones de igualdad.

Para finalizar, una advertencia y una recomendación. La advertencia es que ningún político intente aparentar saber más de lo que realmente sabe. Las

consecuencias están a la vista. La tribuna no es una cátedra, no hay en el discurso lugar para *haikus*. El político tampoco tiene el deber de ser un lector empedernido ni un conocedor de *performances*, corrientes teatrales y dancísticas. Además, al político no le hace falta ser literato: está más que probado que el nivel artístico nada tiene que ver con las habilidades de un líder –por cada Václav Havel hay diez Vargas Llosa–.

El político tiene el deber, ese sí, de ser excelente en su oficio y por ello saber valorar el indispensable impacto de una vida artística rica en el desarrollo de una sociedad. Tiene, además, el deber de respetar a los artistas, comprender sus necesidades y darles un lugar digno en el concierto nacional. Para lograrlo es indispensable que cada líder incluya entre sus asesores a alguien que conozca el medio artístico, sepa qué se está haciendo en el mismo y le ayude a diferenciar entre creadores genuinos y oportunistas.

La recomendación sería hacer leyes y reglamentos claros que permitan distribuir los recursos públicos de la manera más justa posible entre los artistas. Cuando hace diez o quince años un panista ganaba en un municipio, le era casi imposible acceder a los recursos federales y estatales, pues su reparto no estaba debidamente reglamentado y la asignación de presupuestos dependía de la voluntad irrefutable de un político de otro partido. Una experiencia similar sigue siendo cotidiana para muchos artistas, que no conocen las bases para acceder a una beca o utilizar un teatro, que no tienen herramientas jurídicas para cuestionar un jurado amafiado o encarar un funcionario insensible. Es indispensable acabar con la deliberada ausencia de leyes como mecanismo de control.

En la medida en que los líderes panistas comienzan a elaborar leyes y reglamentos cada vez más claros, más transparentes y más democráticos, la comunidad artística podrá reconocer en ellos a políticos que no quieren usarlos, sino simplemente poner a su disposición las herramientas para que trabajen a su libre arbitrio. Ello acabaría con mafias, estructuras clientelares y abusos. Ello sería mostrar respeto a los creadores, sería hacer política leal y legal, sería obtener legitimidad entre los artistas de manera justa y ética. **B**